



Publicación Mensual al Servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

Meditaciones Sobre La Pasión de Jesús

La costumbre de meditar la Pasión tiene su origen en los mismos comienzos del Cristianismo. Muchos de los fieles de Jerusalén de la primera hora guardaron un recuerdo imborrable de los padecimientos de Jesús, pues ellos mismos estuvieron en el Calvario. Jamás pudieron olvidar el paso de Cristo por las calles de la ciudad la víspera de aquella Pascua. Los evangelistas dedicaron una buena parte de sus escritos a narrar con todo detalle aquellos sucesos.

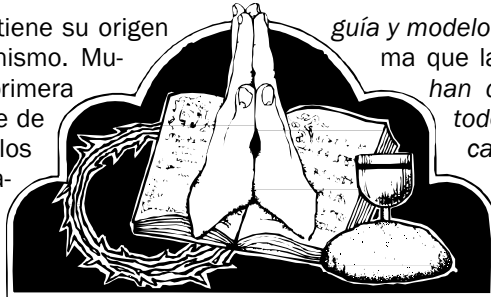
A lo largo de los siglos, la consideración de la Pasión ha hecho mucho bien a quienes se acercaron a ella. Para nosotros, es alimento necesario de nuestro amor a Jesús. De hecho, la tenemos presente con frecuencia en nuestra meditación personal: al leer el Santo Evangelio, en los misterios dolorosos del Santo Rosario, en el ejercicio piadoso del *Vía Crucis*... En ocasiones nos imaginamos a nosotros mismos mezclados con los espectadores que fueron testigos de esas escenas. Ocupamos un lugar entre los apóstoles durante la Última Cena, cuando nuestro Señor les lavó los pies y les hablaba con aquella ternura infinita, en el momento supremo de la institución de la Sagrada Eucaristía... Somos uno de aquellos que se durmieron en el Getsemaní, cuando el Señor más esperaba que lo acompañáramos en su soledad... Uno de entre los que presenciaron el prendimiento... Uno entre quienes oyeron decir a Pedro, con juramento, que no conocía al Maestro... Uno que oyó a los falsos testigos en aquel simulacro de juicio y vio al sumo sacerdote rasgarse las vestiduras ante las palabras de Jesús... Uno entre la turba que pedía a gritos su muerte y que le observaba levantado en la cruz... Nos colocamos entre los espectadores y vemos el rostro deformado pero noble de Jesús, su infinita paciencia, su amor, su mirada...



También podemos contemplar la Pasión como la vivió el mismo Jesús. Siempre tendremos una visión muy pobre con relación a la realidad, a lo que de hecho sucedió, pero, aún así, puede ayudarnos a una oración muy íntima y profunda con Jesucristo. "El que quiera de verdad venerar la Pasión del Señor —aconsejaba San León Magno— debe contemplar de tal manera a Jesús crucificado con los ojos del alma, que reconozca su propia carne en la carne de Jesús".

¡A cuántos ha convertido la meditación atenta de la Pasión de Jesús! Santo Tomás de Aquino decía: "La Pasión de Cristo basta para servir de

guía y modelo a toda nuestra vida". Y Santa Teresa afirma que la Pasión "es el modo de oración en que han de comenzar, y de mediar y de acabar todos". Y añadía: "muy excelente y seguro camino".



La meditación de la Pasión de Cristo nos consigue innumerables frutos. En primer lugar aprendemos a amar a Cristo, verdadero Dios y Hombre verdadero. Nos ayuda también a tener una aversión grande a todo pecado, pues "Él fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados" (Is. 53,5). Jesús crucificado ha de ser el libro en el cual, a ejemplo de los santos, debemos leer de continuo para aprender a detestar el pecado y a inflamarnos en el amor de un Dios tan amante; porque en las llagas de Cristo leemos la malicia del pecado, que le condenó a sufrir muerte tan cruel e ignominiosa para satisfacer a la Justicia divina, y las pruebas del amor que Jesucristo ha tenido con nosotros, sufriendo tantos dolores precisamente para declararnos lo mucho que nos ama.

La consideración de los padecimientos de Cristo nos anima a huir de todo lo que pueda significar aburguesamiento, desganancia y dejadez. Aviva nuestro amor y aleja la tibieza. Nos impulsa a ser almas mortificadas y crea unas disposiciones que ayudan a recoger los sentidos y a vivir mejor la comprensión y la caridad con los demás.

Y si alguna vez el Señor permite enfermedades, dolores y contradicciones particularmente intensas y graves, nos será de gran ayuda y alivio el considerar los dolores de Cristo en su Pasión. Él experimentó todos los sufrimientos físicos y morales, pues, como dice Santo Tomás: "...padeció de los gentiles y de los judíos, de los hombres y de las mujeres, como es el caso de las que acusaron a San Pedro. Padeció también de los príncipes y de sus ministros, y de la plebe... Padeció de los parientes y conocidos, pues sufrió por causa de Judas que le traicionó, y de Pedro que lo negó. Padeció todo lo que el hombre puede padecer, pues Cristo padeció de los amigos que le abandonaron; padeció en la fama por las blasfemias dichas contra Él; padeció en el honor y en la honra; por las bur-las que le infirieron; en los bienes, pues fue despojado hasta de sus ropas; en el alma, por la tristeza, el tedio y el temor; en el cuerpo por las heridas y los azotes".



Pidamos a la Virgen nos acompañe de la mano en estas meditaciones. Ella nos enseñará a "meternos" en cada una de las escenas y mientras le hacemos compañía no olvidemos que nosotros fuimos protagonistas de aquellos horrores, porque Jesús cargó con nuestros pecados (1Pe. 2,24), con cada uno de ellos.

EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ



Después de la cena pascual, y ya entrada la noche, Jesús salió con sus discípulos hacia el monte de los Olivos, donde había un huerto llamado Getsemaní, Jesús avanzó entre los olivos con Pedro, Santiago y Juan y les dijo: *“Mi alma está triste hasta la muerte. Quédense aquí conmigo y permanezcan despiertos”*. No quiere que sus discípulos más íntimos queden descorazonados y hundidos al contemplar tanta agonía y debilidad, por lo que se adentra solo al huerto a orar.

Jesús siente una inmensa necesidad de hablar con su Padre, y experimenta en sí lo que todo hombre sentiría en esos momentos: miedo, soledad, tristeza, angustia... Cayó abatido sobre el suelo, como quien no puede tenerse en pie. Parecía abandonado de todos. San Marcos nos dice que nada más dejarles comenzó a sentir pavor y a angustiarse.

Parecía abandonado de todos. Después de un rato volvió donde estaban los tres discípulos y los encontró dormidos. Por tres veces se dirigió a ellos, pero no encontró el calor de los suyos.

Jesús se dirige confiadamente al Padre. Muestra en su oración el deseo de hacer su voluntad y lo mucho que le cuesta aceptarla: *“Padre mío, si no es posible que*

esto pase sin que yo beba, hágase tu voluntad”. Se enfrenta a la muerte, al desprecio, a la traición, al dolor físico. Pero, sobre todo, se encuentra solo ante los pecados del mundo: engaños, delitos, impurezas, robos, sacrilegios, abandonos, olvidos, blasfemias, imprudencias, vicios, traiciones, falsedades, desatinos, complicidades...

Esto es lo que realmente le pesa y abruma.

Los pecados, en cierto modo, estaban sobre Él, los llevaba sobre sus espaldas: *“subió al madero, llevando él mismo nuestros pecados en su cuerpo”* (1Pe. 2,24), ¡Qué carga de miseria —nuestra miseria— echó sobre sí.

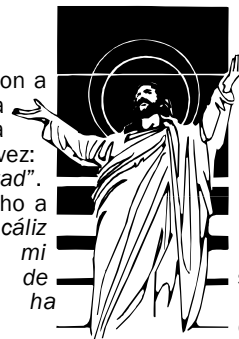
Es posible que en medio de aquella tristeza pudiera contemplar los frutos de su sacrificio: la fidelidad de tantos discípulos a través de los tiempos, las conversiones, los que recomendarían después de una caída, los actos heroicos de tantos hombres y mujeres, la entrega incondicional de muchos que vendrían después... Y, sobre todo, la alegría de su Padre al ser llamado así, Padre, por tantos que llegarían a ser hijos en el Hijo, hermanos suyos. Quizá todos estos frutos



de su dolor ayudaron a su santa Humanidad a repetir una y otra vez: *“hágase tu voluntad”*. Antes ya había dicho a sus discípulos: *“El cáliz que me ofreció mi Padre, ¿no he de beberlo? Ahora ha llegado la hora”*.

Esta oración de Jesús es una lección perfecta de abandono para nosotros, que somos tan débiles y que nos cuesta tanto aceptar el dolor y la contradicción. Si el camino se hace más empinado y nos parece demasiado duro nuestro ánimo, sacaremos fuerzas de esta escena de Getsemaní. A lo largo de la vida podemos encontrar momentos de lucha más intensa, quizá de oscuridad y de dolor profundo, con tentaciones fuertes de desaliento en que nos cueste aceptar la voluntad de Dios. La imagen de Jesús en el Huerto de los Olivos nos señala como hemos de proceder en esas circunstancias: abrazarnos al querer divino sin poner límites ni condiciones. Nos identificamos con Su voluntad, por medio de una oración confiada y perseverante, como la de Él *“Señor, no se haga mi voluntad...”*

Jesús ora en el huerto: ¡Pater mi, Abbá, Pater!. Jesús sufre, por



cumplir la voluntad del Padre... Y yo, que también quiero cumplir la voluntad de Dios, siguiendo los pasos de Jesús, ¿podré quejarme, si encuentro por compañero de camino al sufrimiento?.

Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo. Y, entonces, como Él, podré gemir y llorar a solas en mi Getsemaní, postrado en tierra reconociendo mi nada, subirá hasta el Señor un grito salido de lo íntimo de mi alma: ¡Pater mi, Abbá Pater, ... Fiat! ¡Hágase!

En esos momentos difíciles busquemos también refugio y fortaleza en María:

“Madre y Señora mía, enséñame a pronunciar un sí que, como el tuyo, se identifique con el clamor de Jesús: “no se haga mi voluntad...”

No olvidemos que el Señor desea más que nadie nuestra felicidad, aunque para ello tengamos que pasar por el dolor, por el sacrificio y la abnegación. Como paradoja, la aceptación de la voluntad de Dios, también en esos momentos, está llena de alegría. La vida de los santos, que llevaron a cabo el querer divino con toda fidelidad, se manifiesta plena de gozo y de paz, en medio muchas veces de

EL BESO DE JUDAS

Judas sabía que Jesús se quedaría en Jerusalén, pues era tarde para volver a Betania. Después de llegar a un acuerdo con los judíos se mantuvo oculto y al acecho. Siguió después los pasos de la pequeña comitiva hasta que se internó en el huerto. Era éste un lugar conocido por él, pues Jesús frecuentemente se reunía allí con sus discípulos. Enseguida salió en busca de quienes habían de apresarse al Maestro. Todo había sido minuciosamente preparado. San Marcos dice que Judas iba acompañado de una muchedumbre con espadas y palos, y que iba de parte de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y de los ancianos. Jesús estaba aún hablando con sus discípulos cuando se presentó el grupo armado, con el traidor a la cabeza.



Judas se adelantó entonces y besó al Maestro: era la señal convenida con quienes habían de detenerlo. Mientras lo besaba, lo saludó: *“Buenas Noches, Maestro”*.

Jesús se estremeció y le respondió con inmensa pena:

“Amigo, ¿haz lo que vienes a hacer!”

Nos parece imposible creer que un hombre que ha mirado tantas veces a Cristo, que lo ha conocido tan de cerca, pueda ser capaz de entregarlo. Porque Judas estuvo presente en muchos milagros experimentando la bondad del Corazón de Jesús, y se sintió atraído por su palabra, y, sobre todo, recibió un trato de predilección por parte de Jesús: ¡había llegado a ser uno

de sus doce más íntimos!

Ser entregado por uno de los suyos fue especialmente doloroso para Jesús. Aquel beso fue el primer golpe con el que iniciaba su Pasión. Jesús sintió enseguida como una quemadura en el rostro. En algunos lugares de México existen Cristos tallados en madera cubiertos de heridas que llevan en la mejilla una llaga especialmente honda, llena de sangre, que llaman el beso de Judas. Es el beso traidor del amigo, las negaciones de quienes debíamos estar más cerca... *“Y si alguno le llega a preguntar: ¿por qué tienes entonces esas cicatrices en tu cuerpo?, él se defenderá diciendo: son heridas que me hicieron mis amigos”* (Zac. 13,6).

Pensemos, en la intimidad de nuestra oración, cuántas veces el beso de Judas, ese beso que

quemó el rostro del Señor, fue el nuestro. Nos ayudará a dar peso y medida a nuestros errores. Todo pecado está relacionado íntima y misteriosamente con Cristo.

Esta escena de la Pasión del Señor es, desde otro punto de vista, una llamada a la esperanza, pues después de ver de cuántas maneras mostró Dios su misericordia con Judas, que de ser apóstol pasó a ser un traidor, al ver con cuánta frecuencia lo invitó al perdón... no hay razón alguna en esta vida para que nadie, aunque sea como Judas, ser pesimistas del perdón.

Siguiendo el santo consejo del apóstol Santiago:

“Recen unos por otros para que sean sanados” (5,16), si



veremos que alguien se desvía del camino recto, esperemos que volverá algún día a él, y mientras tanto, recemos sin cesar para que Dios le ofrezca oportunidades de entrar en razón; para que con su ayuda las reciba, y para que, una vez recibidas, no las suelte ni rechace por la malicia, ni las deje pasar de lado por culpa de su miserable pereza. Quizá sea un amigo, un hermano, un hijo, un padre... Todos pueden y deben volver. El Señor los espera y dispone las

gracias necesarias. Quizá alguna vez sólo falte nuestra colaboración decidida: una oración más intensa y perseverante, un ejemplo que arrastre, un espíritu de sacrificio mayor... *Recen unos por otros...*

El Señor no abandona a los suyos, ni siquiera cuando éstos le dejan o le traicionan. Todo tiene remedio. Pero es necesario volver a Él con un corazón humilde y contrito, dispuestos a recomenzar de

nuevo, aunque sea desde el escalón más bajo de la miseria humana. Jesús nos recibirá siempre con una palabra amigable, perdonará y olvidará. Y seremos más concientes de nuestra debilidad y de la necesidad que tenemos de ayuda.

Hagamos el propósito de no abandonar en nuestro apostolado personal a los amigos más difíciles. No demos como irre recuperables a esos que



parecen haber dado definitivamente la espalda a Dios. Pueden y deben volver. El Señor los espera, y nosotros contamos con las gracias necesarias para ayudarlos en su camino de regreso a la Casa del Padre. No perdamos nunca la esperanza. Dios puede más.

El vino al mundo para salvarnos: *"no necesitan médico los sanos, sino los enfermos"*. Más necesidad cuanto más

JESUS SOLO

Jesús pidió que dejaran ir a los suyos: *"Si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan"*. Quiso protegerlos, como lo había hecho siempre, como el buen pastor que sale en defensa de su rebaño. Y se dejó arrestar.

Enseguida lo rodearon. Judas se iría pronto; había concluido su misión. Desde entonces ya no tendría un momento de paz. Se separó de Jesús y su corazón quedó vacío y lleno de tinieblas. La más densa oscuridad lo envolvió. ¿Qué iba a ser de su vida sin Jesús? Estaba realmente perdido, aunque bien podía haber vuelto. ¿Cómo no se acordó de la parábola del hijo pródigo, de la oveja perdida...?

El Señor, mientras dirigía la mirada a su alrededor, les dijo: *"han salido con espadas y palos a arrestarme como si fuera un*



ladrón? Todos los días me sentaba a enseñar en el Templo, y no me arrestaron"... Alguno de ellos habría escuchado sus enseñanzas; otros conocerían el milagro de la curación del ciego de nacimiento que tanto revuelo había causado entre sus jefes; y el de la resurrección de Lázaro pocos días antes... Al fin y al cabo, habrían pensado, solo seguimos las órdenes. Los verdaderos responsables no estaban allí.

Enseguida arrestaron a Jesús. San Juan dice que *lo ataron*; probablemente con las manos atrás. Cuando los discípulos vieron a Jesús preso *lo dejaron y huyeron*. Desaparecieron uno tras otro. Eso sí, para huir estuvieron bien despiertos aquellos que

poco antes no se tenían en pie de sueño. La Pasión era para Jesús solo. También ellos quedarían solos y desunidos entre sí, pues les faltaba el vínculo de unión y la razón principal que los mantenía juntos: el amor al Maestro.

Jesús se queda solo. San Agustín en su comentario al salmo 21 dice: *"El Señor fue flagelado, y nadie le ayudó; fue afeado con salivas, y nadie le amparó; fue coronado de espinas, y nadie le protegió; fue crucificado, y nadie le desclavó; clama diciendo: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?, y nadie lo socorrió"*. Se encuentra solo ante todos los pecados y bajezas de todos los hombres de todos los tiempos.

Sólo Pedro lo sigue de lejos. Y de lejos, no se puede seguir a Jesús, pues de una forma u otra se le acaba negando. O se le sigue de cerca o se le abandona.

Es la experiencia de todos los días.

Lo dejaron solo y huyeron.

Soledad de Jesús. También ahora en nuestros días, en nuestras ciudades... No lo dejemos abandonado en nuestros sagrarios... Jesús está allí, en el sagrario cercano, a veces a pocos metros de distancia. ¿Cómo es que no vamos a visitarlo, a amarlo?

Allí Jesús nos espera desde hace más de 20 siglos, donde podemos contarle nuestras preocupaciones, sufrimientos, ilusiones, alegrías... Decirle que, a pesar de nuestras miserias puede contar con nosotros para evangelizar.

Sobre todo, le haremos compañía. Y Él se alegrará al



JESUS CALLABA

Anás lo remitió pronto, atado, a Caifás, el sumo sacerdote.

Algunos miembros del Sanedrín, quizá sólo los más cercanos al sumo sacerdote, fueron avisados a esta hora tan intempestiva. Otra

tarea difícil era la de preparar testigos dispuestos a ir contra Jesús; buscaban ansiosamente algún testimonio para darle muerte y no lo encontraban. Hay prisa por acabar cuanto antes. Todo el proceso contra Jesús está lleno de prisas; además, estaba dispuesto al revés: primero han condenado al reo (al menos en sus corazones), y después buscan argumentos y testigos que sostengan la condena. Todo venía demás muy forzado: ese



día era una jornada de grandes preparativos, porque al atardecer del día siguiente, viernes, los judíos celebraban la cena pascual. Comienza el juicio. Muchos atestiguaban en falso en contra de Él, pero las denuncias no eran concordes ni tenían consistencia. Alguno recordó una frase sobre el Templo que quizá podría vencer al tribunal:

Jesús había dicho: *"Destruyan este Templo y en tres días lo levantaré"*.

Ahora cambian sus palabras y tuercen el sentido de la frase. Y ni aún así coincidía su testimonio. Jesús callaba. Veía la mala fe en sus rostros.

El juicio no avanzaba, pues no encontraban un verdadero acuerdo entre los testigos. Por

la sala pasaron muchos de ellos, pero sin resultado positivo. El silencio de Jesús y aquellas acusaciones sin fundamento debieron de crear un clima de duda entre algunos de los miembros del Sanedrín.

Entonces Caifás se situó en el centro de la sala y dijo a Jesús: *"¿No respondes nada a lo que éstos atestiguan contra ti?"*

El tono cada vez más nervioso de Caifás no impresionó al Señor. Por otra parte, ¿qué iba a decir? *Él permanecía en silencio y nada respondió*. Impresiona esta figura callada del Señor a lo largo de la Pasión.

Jesús no hablará ante Herodes y apenas lo hará ante Pilatos. Lo contemplamos igualmente en pie, sin decir palabra, ante Barrabás y

delante de sus enemigos excitados y al acecho, sirviéndose de falsos testimonios para retorcer el sentido de sus palabras. Ya lo había profetizado Isaías (53,7): *"Fue maltratado y él se humilló y no dijo nada, fue llevado cual cordero al matadero, como una oveja que permanece muda cuando la esquilan"*. Y el salmista (38,12-15) habla del Él como si estuviera presente en esta noche del proceso: *"Mis amigos, y los que andaban conmigo, huyeron de mí; los que tenían más cerca se fueron lejos; los que intentaban quitarme la vida se esforzaban en conseguirlo con calumnias y falsos testimonios. Los que pretendían hacerme daño no hablaban sino mentiras, y no hacían sino*



inventar falsedades contra mí. Pero yo, como si fuera sordo, no escuchaba, y como si fuera mudo, callaba. Estuve en medio de mis acusadores como si no les oyera, como si no tuviera con qué defenderme y convencerles de su error”.

Esto es exactamente lo que hizo el Señor: *Nada respondió... Y como si fuera mudo, callaba.*

El silencio de Jesús es el de un Dios que viene a redimirnos. Calla también en el sagrario: es el amor que espera ser correspondido y que tantas veces no lo es. Silencio paciente. Él nos echa de menos si no le visitamos o lo hacemos distraídamente.

Nada respondió...
A imitación de Jesús,

debemos aprender nosotros a callar en muchas ocasiones, a perdonar siempre, a disculpar cuando debemos hacerlo. Procuremos hablar con claridad y caridad, sin rencor, cuando pensemos que debemos hablar. Aprendamos de Él a guardar las palabras inoportunas, inútiles, vacías o

hirientes. Aprendamos también de Jesús a hablar cuando sea necesario, y en el tono oportuno.

“Los niños, a fuerza de escuchar a sus madres, aprenden a hablar su lenguaje; así nosotros, estando cerca del Señor, por la meditación y cumpliendo sus palabras,



LAS NEGACIONES DE PEDRO

Pedro había seguido a Jesús después del prendimiento en el huerto de Getsemaní. No tuvo fuerzas para hacerlo abiertamente, pero tampoco para huir y marcharse lejos de allí. Quería ver en que paraba todo aquello. Juan le acompañaba. Ambos, sin saber bien que hacer, siguieron a distancia la comitiva de Jesús. Juan



era conocido y tenía acceso al palacio. Pedro, con la influencia de Juan entraron en el atrio y se acercaron para calentarse a un fuego improvisado por los criados. La noche era fría. Una mujer de la servidumbre se acercó a Pedro y le dijo: *“Tú también estabas con Jesús el Galileo”.* Pero él lo negó delante de todos: *“No lo conozco, no entiendo lo que dices”.* ¿Cómo no iba a entender, si habían pasado sólo unas pocas horas desde que aseguró estar dispuesto a dar la vida por Él? Las débiles ataduras que le

ligaban aún a su Maestro se habían roto en unos instantes. Rechazó a su Señor y con eso negó también el sentido hondo de su vida.

Se retiró de allí... y un gallo cantó. Después de un rato, Pedro pasó de nuevo junto a los criados y de nuevo la mujer comenzó a decir: *“Éste es de ellos”.* También estaba allí un pariente de aquél a quien precisamente Pedro había cortado la oreja, le dijo: *“¿No te vi yo en el huerto con él?”.* Otros decían: *“Desde luego, tú también eres de ellos pues tu manera de hablar se manifiesta”.* Pedro se sintió acorralado y comenzó a decir y a jurar: *“No conozco a ese hombre”.* Estaba fuera de sí. ¡Pobre Pedro!... En el silencio de la noche volvió a cantar un gallo.



En esos momentos llevaban a Jesús por una de las galerías del palacio que daban al patio. Se volvió entonces y miró a Pedro que estaba abajo. Éste

casi no reconoció a su Maestro por los golpes y malos tratos que había recibido, pero su mirada la conocía bien. Jamás podría olvidarla.

Sus ojos quedaron fijos un instante y Pedro quedó sobrecogido. Entonces comprendió la gravedad de su pecado. Había más gente en el patio, pero Jesús sólo le miró a él. Y Pedro quedó atraído, como por un imán, por aquellos ojos llenos de infinita misericordia.

Nunca había contemplado una expresión parecida a la que ahora descubre en el rostro de Jesús. Aquellos ojos impregnados de tristeza, pero no severos. Fue una mirada alentadora, misericordiosa, en la que Pedro se sintió comprendido y perdonado. En todo su ser resonaba la voz del Señor, que decía: *“¿Adónde vas, Pedro? Vuelve a mí, confía en mí; sígueme. No te separes.”*

El Señor convirtió a Pedro —que le había negado tres veces— sin dirigirle siquiera un reproche. Solo lo hizo con



una mirada de amor.

Con esos mismos ojos nos mira Jesús, después de nuestras caídas.

Esos instantes fueron definitivos en la vida de Pedro.

En seguida vinieron a su memoria las palabras de Jesús:

Antes de que el gallo cante...



Pedro salió y lloró amargamente mientras recordaba la parábola del buen pastor, la del hijo pródigo, la de la oveja perdida... Lloró lleno de dolor.

El Señor no tendrá inconveniente en edificar su Iglesia sobre un hombre que le negó en un momento de flaqueza, porque Él cuenta también con los instrumentos débiles para realizar sus empresas grandes: *La salvación de los hombres.*

Para los primeros cristianos, Pedro era un vivo ejemplo de contrición y humildad.

Danos Señor, el don de contrición, del dolor de amor,

CAMINO DEL CALVARIO

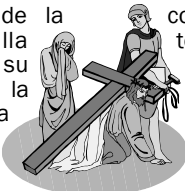
Jesús con la cruz a cuestas, salió hacia el Gólgota. Le acompañaban dos malhechores, uno a cada lado, que también iban a ser ejecutados. El reo solía llevar hasta el lugar de la ejecución una tablilla colgada del cuello, con su nombre y el motivo de la condena, para conocimiento público.

Las energías de Jesús ya estaban muy mermadas. No había comido nada desde el día anterior, y había perdido mucha sangre; había pasado la noche sometido a interrogatorios y vejaciones interminables y en la flagelación podía haber muerto. El suelo por el que caminaba era irregular y

nada tiene de extraño que caiga.

Muchos lo miraban con pena y desconcierto; para otros, el cortejo de aquellos condenados a muerte tenía un cierto aire festivo. Toda la población de Jerusalén, multiplicada por cinco o seis con motivo de la Pascua, se hallaba congregada en las calles por las que pasaban los condenados.

A derecha e izquierda, el Señor ve esa multitud que anda como ovejas sin pastor. Podría llamarlos uno a uno, por sus nombres, por nuestros nombres. Ahí están los que se



alimentaron en la multiplicación de los panes y de los peces, los que fueron curados de sus dolencias, los que adoctrinó junto al lago y en la montaña y en los pórticos del Templo.

Un dolor agudo penetra en el alma de Jesús, y el Señor se desploma extenuado.

Tú y yo no podemos decir nada: ahora ya sabemos por qué pesa tanto la Cruz de Jesús. Y lloramos nuestras miserias y también la ingratitud tremenda del corazón humano. Del fondo del alma nace un acto de contrición verdadera, que nos saca de la postración del pecado. Jesús ha caído para que nosotros nos levantemos una vez y siempre.

Jesús pasa a nuestro lado

derramando su gracia y su misericordia, ¡tantas veces!. Son incontables los momentos y situaciones en los que el Señor, con su Cruz redentora se ha parado junto a nosotros para curarnos, para bendecirnos, para alentarnos en el bien.

De nosotros espera correspondencia, dolor sincero de nuestras faltas.

Jesús pasa cerca de nuestras vidas, como pasó junto a quienes llenaban aquella mañana las calles de Jerusalén y nos invita con su mirada a dejar a un lado nuestros defectos y a recuperar el amor perdido. No retrasemos esas conversiones llenas de afecto, que Él espera.